

los cuerpos perdidos

de José Manuel Mora

The mind is its own place, and in itself can make a heaven of hell, a hell of heaven.
JOHN MILTON, *Paradise Lost*.

Queríamos, pobres de nosotros, pedir auxilio; pero no había nadie para venir en nuestra ayuda. **PETRONIO**

Pueblo, nada está prohibido en mi fe./ Se ama y se bebe./ Y se mira al sol todo lo que uno quiera./ Y este dios no os prohíbe nada. **RADOVAN KARADZIC** (líder serbo-bosnio responsable de la limpieza étnica en la antigua Yugoslavia.)

Personajes

Por orden de aparición

YO

JUAN DEL VALLE, DECANO DE LA UNIVERSIDAD

GABRIELITA, SECRETARIA DE JUAN DEL VALLE ¹

MARCELLO LÓPEZ, JUDICIAL Y PROFESOR DE HISTORIA

MAIKEL, CHÓFER DE JUAN DEL VALLE

SERGIO HERNÁNDEZ, PERIODISTA

ANTONIO REYES, SUPUESTO CULPABLE

FLOR RAMÍREZ NAVARRO, MESERA²

ROSA, JOVEN

SILVIA ELENA, JOVEN

LA MADRE DE ANTONIO REYES

LA MAESTRA BEATRIZ

MI AMANTE

FORENSE

LA HIJA DE MAIKEL, UNA NIÑA DE 12 AÑOS³

¹ Sugiero que Gabrielita sea interpretado por la misma actriz que haga Silvia Elena.

² Sugiero que el personaje de Flor sea interpretado por un hombre y que éste haga a su vez de Maikel.

³ Sugiero que la hija de Maikel sea interpretado por el mismo actor que haga de Juan del Valle.

Uno. Prólogo

YO.- El vacío, lo que todos nosotros entendemos por vacío, no está vacío: tiene una densidad de energía oscura que domina el universo a gran escala. Esto nos obligará a replantearnos muchas de las leyes físicas que hasta ahora hemos aceptado de forma dogmática. Basándonos en explosiones de estrellas muy lejanas, hemos llegado a la siguiente conclusión: la expansión del universo se va acelerando y no -como cabría esperar bajo la influencia de la gravedad- ralentizándose. Para explicar esta aceleración, el setenta y cinco por ciento de la energía del universo tiene que estar hecha de algo extraño, una sustancia que nunca nadie ha visto antes. Silencio. El día que anuncié estos resultados le pedí a mi mujer que hiciéramos el amor. Ella me preguntó si recordaba el día que nos conocimos. Yo le dije que sí, que me acordaba de todo a la perfección. Y luego ella se desnudó y... (no sé si debo contar esto...) se echó de espaldas sobre la cama apoyando el peso de su cuerpo en sus rodillas y me pidió que se lo hiciera por detrás, que calmara sus gritos con la palma de mi mano y que, con la otra, le pellizcara los pezones... todo esto me pareció muy triste. De alguna forma intuía que ella, la mujer que había conocido diez años antes en la Universidad Complutense de Madrid y con la que tuve dos hijas, estaba a punto de abandonarme. Pero igualmente lo hice. Lo hice sin hablar. Tal como ella me pidió. Lo hice con tristeza y, de algún modo, disfrutando de la posesión de un cuerpo a punto de desaparecer. Tuvo tres orgasmos. La abracé. Me dijo: *te quiero*. Y yo: *eres lo más importante que me ha pasado en la vida*. Y ella: *cuida de las niñas. Ten cuidado de Ana, la pequeña, es muy frágil*. Y lloró y la abracé y le dije: *qué te pasa*, y ella: *me voy, mañana saldré de casa muy temprano para no despertar a las niñas y no volveré más*. Y yo no pude abrir la boca y todo comenzó a acelerarse. Bebí media botella de whisky y escuché una y otra vez *Una furtiva lágrima* de *L'Elisir D'Amore* y estuve un tiempo sin decir nada, sin hacer nada, quieto, vacío. Y entonces todo se me vino encima: las grandes distancias del universo, los millones de años luz, la teoría de la relatividad, la posibilidad de coexistencia de universos paralelos, la constante que rige la expansión del universo, los hombres que se adelantan a su tiempo, la frase que Thomas -mi compañero en estos momentos- me dijo el día que nos conocimos: *las pruebas teóricas me las creo siempre con la razón pero en esto de la energía oscura el estómago me dice que hay gato encerrado*, mi mujer, mis hijas, mis hijas nadando en la piscina, mis hijas cubiertas por el albornoz recién salidas del agua, mis manos secándolas, mi profesión y la oferta de Thomas para trasladarme a la universidad de Ciudad Juárez. Silencio. Al amanecer, antes de dejar la casa, mi mujer me miró a los ojos y me dijo: *no olvides despertar a las niñas, quédate un rato en sus camas para que no noten mi ausencia, deja de beber, date una ducha y no olvides llevarlas al colegio*. Antes de despertarlas, llamé a Thomas y le dije que aceptaba el puesto. Silencio. Ustedes se preguntarán por qué les cuento todo esto en lugar de dejar que los actores interpreten sus papeles. Si les soy sincero, he de aceptar que no lo sé... pero el estómago me dice que todo esto tiene que ver con algo extraño... algo que nadie ha visto antes... con

una energía oscura que hará que todos nuestros actos precipiten de una forma convulsa e irracional... al menos esto es lo que pensé mientras despertaba a mis hijas arremolinado al calor de sus sábanas y calmaba a Ana, la pequeña, que acababa de sufrir una pesadilla. Silencio. A las dos semanas, después de dejarlas con sus abuelos y despedirme de ellas como si las volviera a ver al final del día, el Ilustrísimo señor decano de la Universidad de Ciudad Juárez, Juan del Valle Martínez, me recibe en el despacho de un bello edificio colonial. Dice:

Dos. El árbol sin nombre de flores violetas

JUAN DEL VALLE.- Gabrielita.

YO.- Y Gabrielita:

GABRIELITA.- Estoy aquí para servirle.

JUAN DEL VALLE.- Agua.

YO.- Y Gabrielita trae dos vasos de agua. El decano Juan del Valle me enseña orgulloso su colección de diferentes ediciones del Quijote y me invita a conocer la ciudad: la maqueta de un escenógrafo manierista sobre los pliegues de un sexo de mujer.

JUAN DEL VALLE.- Ciudad Juárez.

GABRIELITA.- Silencio.

YO.- Subimos al reloj que vigila la ciudad desde el punto más alto del mercado... visitamos la pintura partidista mural del ayuntamiento de la ciudad... retratos de niños muertos vestidos de ángeles y rostros en sepia de mujeres indígenas acompañadas de sus esposos... y me invita a un choco-milk.

JUAN DEL VALLE.- ¿No has probado nunca un choco-milk? No te puedes ir de México sin probarlo.

YO.- Esta es la imagen: el decano y yo caminando por el suelo empedrado de Ciudad Juárez. Yo con mi choco-milk y el decano saludando a los habitantes con los que nos cruzamos.

JUAN DEL VALLE.- Les presento a mi amigo español. Profesor universitario. Ha venido de la madre patria a enseñar física a nuestros indios.

YO.- El decano Juan del Valle me invita a comer al restaurante *La Flor* regentado por la señora Flor Ramírez Navarro. El decano Juan del Valle dice:

JUAN DEL VALLE.- Gabrielita, dile a Maikel que nos recoja en cinco minutos.

YO.- Suena el claxon. Bajamos. En la entrada nos encontramos con Marcello López, un hombre chaparro de rasgos mestizos, judicial y profesor de historia y antropología de la Universidad de Ciudad Juárez. El decano Juan del Valle dice:

JUAN DEL VALLE.- Te acercamos. ¿Adónde vas?

MARCELLO LÓPEZ.- A recoger a mi niña al colegio.

JUAN DEL VALLE.- Ándele, le acercamos.

YO.- Maikel, el chófer, no mira a ninguno de los presentes. El judicial al decano:

MARCELLO LÓPEZ.- Se nota que a éste le has levantado el castigo pinche cabrón. ¡Mira como camina con las piernas abiertitas el hijo de la chingada!

JUAN DEL VALLE.- Sí, ya le levanté el castigo.

YO.- Subimos al coche.

JUAN DEL VALLE.- ¿Por qué está mojado el asiento?

MARCELLO LÓPEZ.- ¿Todavía no le has dicho a este cabronazo que el condón no hay que quitárselo hasta el final?

JUAN DEL VALLE.- ¡Éstos todavía no se enteran de la suerte que tienen!

MARCELLO LÓPEZ.- ¡Mira, podrías estar en la calle picando aceras!

YO.- Maikel continúa sin levantar los ojos del volante.

JUAN DEL VALLE.- Vamos primero al colegio a dejar al licenciado y luego a *La Flor* para que nuestro ilustrísimo español conozca la comida mexicana. ¿Cómo se llama ese árbol de flores violetas?

YO.- Maikel mira sólo el volante.

JUAN DEL VALLE.- ¿Que cómo se llama ese árbol de flores violetas?

YO.- Maikel sigue con los ojos clavados en el volante.

JUAN DEL VALLE.- ¿Que si sabes cómo se llama ese árbol de flores violetas?

YO.- El decano le golpea en el cuello. Llegamos al colegio. El judicial se baja y me dice:

MARCELLO LÓPEZ.- Encantado, para servirle a usted y a la madre patria.

YO.- Continuamos. Desierto. Cactus. Veinte minutos sentado en la parte trasera de un peregrino negro de cristales ahumados. En un viejo transistor suena *La Llorona*. Juan del Valle hace una señal a Maikel para que se desvíe de la carretera principal. Los cristales se cierran. Comienzo a sudar. Intento mantener una conversación trivial. Un elogio a la adusta belleza del paisaje frente al color de la ciudad. Me tiemblan las manos. Sé lo que va a suceder: el horror se vuelve tan real como las flores violetas de los árboles que Maikel no conoce. Juan del Valle dice:

JUAN DEL VALLE.- Los sábados nunca paro en casa. Si mi hija me dice que quiere desayunar en una playa de Michoacán agarramos el auto y a Michoacán. ¿A cuánto está el boleto de avión para España? A mi me gustaría volver y comer calamares en la plaza Mayor de Madrid. ¡Está chido!

YO.- Un perro muerto se descompone en el asfalto. En el horizonte sólo se vislumbra una delgada película de polvo en el celeste del cielo más hermoso que he visto en mi vida. Maikel aparca el coche. Se miran. El chófer se desnuda, se tiende sobre la arena del desierto y se coloca en posición de decúbito dorsal. Juan del Valle me mira a los ojos y dice:

JUAN DEL VALLE.- ¡Dale! Lo que quieras.

MAIKEL.- No seas cobarde, dale, golpéeme, cuanto antes termine todo esto, mejor.

YO.- El primero me cuesta. El segundo un poco menos. El tercero va solo. Y desde entonces formo parte. Busco. Facilito. Engaño. Proporciono información. Callo. Recibo. Doy. Oculto. Cierro los ojos. Hago que otros cierren los ojos. Juego. Contribuyo. Para que algunos cuerpos disfruten otros han de desaparecer.

JUAN DEL VALLE.- ¿Para cuándo va a estar tu niña?

YO.- Le dice. Y el chófer se viste como si nada hubiera pasado.

JUAN DEL VALLE.- ¡Qué hubiera sido de nosotros sin la conquista!

YO.- Almorzamos en *La Flor* bajo el celeste del cielo. El camino de vuelta es insípido comparado con el camino de ida. El decano Juan del Valle a Maikel:

JUAN DEL VALLE.- Deja a nuestro invitado español en su hotel.

YO.- De regreso al hotel le pido a Maikel que me deje besarle. ¿Me dejas besarte?

MAIKEL.- ¿Mande?

JUAN DEL VALLE.- Bienvenidos a Ciudad Juárez.

Tres. Chistes

1/ ¿En qué se parecen las mujeres a las hormigas? En que si les tapas el agujero se ponen como locas.

2/ ¿Qué hace una mujer con un folio en blanco? Reclamar sus derechos.

3/ ¿Qué hace una mujer después de hacer el amor? Molestar.

4/ ¿En qué se diferencian las mujeres de las niñas? A las niñas las llevas a la cama y les cuentas un cuento, y a las mujeres les cuentas un cuento y luego te las llevas a la cama.

5/ ¿Por qué tienen las mujeres cuatro neuronas? Una para cada fogón de la cocina.

6/ ¿Cómo es la mujer perfecta? Pues de medio metro, orejona, con la cabeza plana, sin dientes y muy fea. ¿Por qué? Pues de medio metro para que te llegue exactamente a la cintura, orejona para manejarla con facilidad, con la cabeza plana para tener un lugar donde poner tu cerveza, sin dientes para que no te haga daño en la polla y muy fea para que ningún hijo de puta de la robe.

7/ Definanme una mujer: pues un conjunto de células organizadas que rodean a una vagina.

8/ ¿En cuántas partes se divide el cerebro de una mujer? Depende de lo duro que le pegues!

9/ ¿Por qué las mujeres no pueden contar hasta setenta? Porque al llegar al sesenta y nueve ya tienen la boca llena.

10/ ¿Cuánto tarda una mujer en morir de un disparo en la cabeza? Pues unas siete u ocho horas, depende de lo que tarde la bala en encontrar el cerebro.

Cuatro. El corazón delator

YO.- El periodista Sergio Hernández y Antonio Reyes en las instalaciones del penal de Ciudad Juárez.

SERGIO HERNÁNDEZ.- El presunto culpable de los asesinatos de mujeres, Antonio Reyes, ofrece una rueda de prensa. Insiste en clamar su inocencia y revelar quiénes son los verdaderos culpables de los homicidios de más de 400 mujeres en Ciudad Juárez. El preso se hace esperar cerca de quince minutos en una oficina próxima a la dirección del penal atestada de reporteros, cámaras y fotógrafos. Al fin, llega un hombre de un metro noventa de estatura y mirada aguileña. Lleva en sus manos de gigante, un cuaderno engargolado, de hojas amarillas, y anuncia que, antes de revelar los nombres, contará a los presentes una historia.

ANTONIO REYES.- Érase una vez un hombre que oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Se había enamorado de la mirada de una niña de un barrio pobre de la ciudad. Del color de sus ojos. Un celeste que helaba la sangre. Un día no pudo soportarlo más y se decidió a matarla y a librarse de esa mirada para siempre. Todas las noches, hacia las doce, cuando la ciudad dormía, abría la puerta de su habitación con mucha suavidad para no desvelarla, y apuntaba con el rayo de luz de una linterna hacia el celeste de sus ojos. Así estuvo el hombre que oía todo lo que podía oírse durante ocho días y siete noches. Al llegar la octava noche, sintió que la niña se movía repentinamente en la cama, como si se sobresaltara... su habitación se había convertido en un agujero negro... y el hombre sabía que tan pronto como atravesara la abertura de esa puerta las leyes que determinarían sus actos serían otras. Se disponía a encender la linterna cuando la niña se enderezó en el lecho, gritando: ¿quién está ahí?

El hombre permanece inmóvil.

Durante una hora entera no mueve un solo músculo.

La niña sigue sentada en la cama.

El hombre vuelve a encender la linterna y a apuntar sobre el celeste de sus ojos. En ese momento llega a sus oídos un resonar apagado, como el que hace un reloj envuelto en algodón.

Es el latir del corazón de la niña.
Esto aumenta aún más su furia.
El corazón de la niña parece estallar.
El hombre lo hace todo como estaba previsto.
Durante varios minutos el corazón sigue latiendo con un sonido ahogado.
El celeste de sus ojos se diluye.
La niña muere.
Un ligero zumbido de abeja.
El zumbido se va haciendo cada vez más intenso.

Y aquí empieza la verdadera historia: en Ciudad Juárez se esconde uno de los mayores secretos del mundo. Pero nadie que conozca la verdad -y la verdad sólo es una- podrá pronunciarla en voz alta y salir indemne. Lo peor de todo es que cuando uno entra y ve todo lo que no se puede ver, se calienta, y cuando uno se ha calentado ya no puede volver atrás. ¿Qué se puede hacer, entonces? ¿Qué se puede hacer cuando uno ya ha visto todo lo que no se puede ver?

SERGIO.- Un reportero lo interrumpe y le exige que diga nombres.

ANTONIO.- El decano Juan del Valle y el judicial Marcello López. Detrás de ellos hay nombres poderosos.

SERGIO.- Algunos reporteros se miran decepcionados. Otros bromean. Las manos de Antonio transmiten la ansiedad que siente. Insiste en su inocencia. Se despide de los periodistas. Le aterra la idea de pasar el resto de su vida en el penal de Ciudad Juárez contemplando el desierto mexicano.

ANTONIO.- Mi mundo es el desierto y todos tenemos que hacernos a la idea de esto: el desierto es lo único que nos sobrevivirá.

SERGIO.- Un ligero zumbido de abejas.

YO.- Oscuro.

Cinco. La señora Flor Ramírez Navarro

YO.- La señora Flor Ramírez Navarro en el restaurante *La Flor*. Con letras en rojo y bien grandes: Calle Miguel Hidalgo, No 29, Colonia La Sauceda. Ciudad Juárez. Y en el margen inferior, todo con letra muy pequeña: "servicio para eventos especiales".

FLOR.- Esta es la tarjeta que le doy al señor español que acompaña al decano Juan del Valle. Para servirles, repito mientras me retiro en mi silla de inválida,

girando con fuerza -más que fuerza coraje- las ruedas que me acompañan desde que Dios quiso que me amputaran las dos piernas, y así, me voy retirando sin darles nunca la espalda, pensando en mis pasos con una nostalgia enconada, en la elegancia con la que mis extremidades caminaban y se mantenían sobre la tierra, y así, sin piernas, con una prótesis y ahorrando para la siguiente, me voy retirando después de haberles deseado una feliz comida y estancia en Ciudad Juárez. *Una ciudad bien chida, ¿verdad, señor?* El decano no deja de mirarme, me clava su mirada aquí, en el canalillo, y la siento bajar, húmeda, pringosa, como los restos de frijoles que mi hija Rosa limpia cada día, al atardecer, de los restos de sartenes y ollas. El decano le dice algo a su invitado que parece pálido, aturdido, como si todavía no se hubiera acostumbrado a las leyes que gobiernan este rincón del mundo mientras me voy retirando poco a poco... pero justo antes de darme la vuelta y desaparecer... me armo de valor, me crecen dos piernas y allí, en el restaurante *La Flor*, en la terraza de mi restaurante, azotada por el viento del desierto, rodeada de mexicanos que se pudren pero que hasta eso, pudrirse, lo hacen con amor, voy y les suelto: *hijos de la chingada, cerdos, cobardes, chingad a vuestra madre o a vuestra hermana o a vuestra hija, cogedla hasta destrozarla si tenéis huevos, maricones, que sois todos unos maricones, si no cómo leches puede una explicarse que en un país lleno de machos nos hayan dado por culo tantas veces, putos, coged entre ustedes y romperos el culo, mamad de vuestras vergas y envenenaos. Cada vez que mi hija, Rosa, sale a la calle me encierro en el baño a vomitar, vomito cada día desde que mi Rosa sale con escuincles, sí, en lugar de quedarme dormida, vomito, a veces dentro del wáter, otras fuera, y este miedo que a mí me come por dentro, a ustedes os pone a cien, ¿no es verdad?, ustedes os calentáis con nuestro miedo, violáis cada uno de nuestros agujeros, cortáis nuestros pezones con tenazas, nos asestáis cientos de cuchilladas, nos rompéis el cuello como si fuéramos liebres recién nacidas, nos cortáis en pedazos, nos empaquetáis en bolsas de basuras y nos lanzáis al desierto! Algún día yo misma -¡si tuviera el valor para hacerlo, Dios mío!- os meteré el puño y os sacaré -como cuando limpio las vísceras de los corderos que cada año sacrifico, con la misma firmeza y el mismo amor, el mismo amor con el que todos los mexicanos nos pudrimos en silencio- las entrañas. Silencio. Esto es lo que me hubiera gustado decir, pero en realidad no lo hice, sólo en mi cabeza. ¿Mande, maestro? Sí, lo trataré bien, como un invitado de usted se merece. Sí, se lo incluyo en el precio. No, no lo defraudaré. A los clientes como usted no se les defrauda. Lo espero donde siempre. Detrás del restaurante. En el cobertizo.*

YO.- Oscuro.

Seis. En Las Mañanitas

YO.- Rosa y Silvia Elena en *Las Mañanitas*.

ROSA.- Me saca a bailar nada más me ve. Me marca en cuanto entro y pone cara de "voy a sacarte a bailar".

SILVIA ELENA.- ¿Y tú bailas?

ROSA.- Claro, qué iba a hacer.

SILVIA ELENA.- ¿Cómo es?

ROSA.- De muy buen ver. A ti te encantaría. Alto. Cuerpo de deportista. Ojos claros. Habla inglés y sabe mucho de computadoras y desiertos.

SILVIA ELENA.- ¿Y cómo que se ha fijado en ti?

ROSA.- Dice que tengo la melena más hermosa del mundo. Que le recuerda a la crin de un caballo que tenía de chico en su rancho.

SILVIA ELENA.- ¿Tiene un rancho?

ROSA.- Uno no. Tiene lo menos tres o cuatro.

SILVIA ELENA.- ¿Y tú de qué le has hablado?

ROSA.- De mí.

SILVIA ELENA.- ¿Pero qué le has contado?

ROSA.- Pues que también sé de computadoras. Que ahora mismo trabajo en el restaurante de mi madre pero que esto es provisional, que a mí lo que me gusta es la peluquería, y en cuanto ahorre monto una en el centro de Ciudad Juárez... bueno, si no en el centro, en una colonia de los alrededores... y además de cortar el pelo, voy a hacer limpiezas de cutis por el mismo precio, y ya una vez el negocio esté un poco más asentado, quiero casarme, formar una familia, que mis hijas no tengan que trabajar a los catorce años y puedan ir a un buen colegio, tener una secretaria -porque llegará un momento en el que ya no pueda sola con la peluquería y necesite alguien que me ayude y que también sepa de computadoras, claro, ¿a ti te gustaría ser mi secretaria?- y vivir en una casa con cuatro dormitorios: una para las dos niñas -en el caso de que tengamos dos-, una para el niño, otra para nosotros con una cama grande de matrimonio y un cuadro de la virgen de Guadalupe, tamaño natural, en la cabecera de la cama, y otra habitación para mi madre, porque eso sí, cuidar de mi madre me tocará a mí... por eso le expliqué que la casa tendría que ser de una sola planta... para que mi madre pueda desplazarse con facilidad o si no, si tuviera más de una, entonces tendríamos que poner una de esas escaleras mecánicas que tienen las ricas inválidas... ¿cómo se llama esa película de *Katharine Hepburn* donde ella es muy rica y tiene una escalera de éstas?

SILVIA ELENA.- Yo cine antiguo he visto muy poco.

ROSA.- Si la dan mucho por la tele... es algo de verano.

SILVIA ELENA.- ¡El lago azul!

ROSA.- ¡Eso qué tiene que ver con el verano!

SILVIA ELENA.- Allí siempre es verano.

ROSA.- Pero ésta es un clásico.

SILVIA ELENA.- No me viene.

ROSA.- Bueno, pues el caso es que si hay dos plantas tiene que tener escalera mecánica, tú ya sabes que lo de mi madre irá a peor, y además sin remedio alguno, ¡si llegara a morirse sería un alivio para mí!

SILVIA ELENA.- ¡Qué cosas dices!

ROSA.- La verdad.

SILVIA ELENA.- ¿Y en qué has quedado con el chico?

ROSA.- ¿Qué chico?

SILVIA ELENA.- El que tiene tres o cuatro ranchos.

ROSA.- Pues nada, después de bailar me llevó a casa en coche. Allí intentó hacerlo, pero ni modo. Le dije que necesitaba tiempo y que sería mejor ir poco a poco que hacerlo todo del tirón. Que luego la cosa no tiene gracia. Así que me llevó a casa y me dio un beso en los labios.

SILVIA ELENA.- ¿En los labios?

ROSA.- No exactamente.

SILVIA ELENA.- ¿Dónde entonces?

ROSA.- Aquí, entre los labios, la boca y el cachete.

SILVIA ELENA.- ¿Con lengua?

ROSA.- La punta sólo.

SILVIA ELENA.- ¿Qué sentiste?

ROSA.- Cosquillas.

SILVIA ELENA.- ¿Dónde?

ROSA.- Aquí.

SILVIA ELENA.- ¿Y no te dio miedo?

ROSA.- ¿Miedo? ¿Por qué iba a darme miedo?

SILVIA ELENA.- No lo conoces de nada.

ROSA.- Bueno, pues ya lo iré conociendo. Además tiene cara de buena persona, me paga las copas y quiere invitarme al cine.

SILVIA ELENA.- Tienes razón. ¿Cuándo lo vuelves a ver?

ROSA.- Es que no es fácil. No es fácil porque ahora mismo no se puede mover.

SILVIA ELENA.- ¿También está inválido?

ROSA.- No, no, de inválido nada. Está en la cárcel. Pero sólo de momento. No es nada grave. Dice que golpeó a su antigua mujer cuando la vio hablar con otro hombre.

SILVIA ELENA.- ¿Entonces está casado?

ROSA.- Sí, eso es lo malo. Pero dice que en cuanto salga quiere cambiar de vida y que ese matrimonio se puede anular con no sé que papel de la iglesia... todo el mundo se merece una segunda oportunidad ¿no? ¡Y yo, para una vez que me caso, quiero hacerlo de blanco! De momento sólo podemos mantener contactos por cartas.

SILVIA ELENA.- ¿Puedo leerlas?

ROSA.- No. Me ha pedido que las quemé en cuanto las lea. No quiere que nadie sepa de lo nuestro. ¡Ya me vino!

SILVIA ELENA.- ¿Qué?

ROSA.- ¡La peli de *Katharine Hepburn! De repente el último verano*. A mi madre le encanta, claro, se siente reconocida con la protagonista.

SILVIA ELENA.- A ver si la tienen en el video-club...

ROSA.- Es muy bonita y muy triste. La protagonista está enamorada de un chico que es un poco puto y mucho más joven que ella y nunca puede olvidarlo. Es mucho más difícil que lo que te cuento pero básicamente es esto: ella nunca puede olvidar.

SILVIA ELENA.- ¿Y por qué está inválida?

ROSA.- Yo que sé... estaría borracha y tendría un accidente. Esa parte no la recuerdo muy bien. En las pelis clásicas la gente está triste, bebe, y tiene accidentes.

SILVIA ELENA.- Como en *Las Mañanitas*.

ROSA.- Es verdad como en *Las Mañanitas*.

SILVIA ELENA.- La gente está triste.

ROSA.- La gente bebe.

SILVIA ELENA.- Y siempre hay algún que otro accidente.

YO.- Oscuro.

Siete. El desierto o el cuerpo de Rosa

YO.- Antonio Reyes y yo en la sala de visitas del penal de Ciudad Juárez con vistas al desierto; Rosa en su habitación. ¿Así?

ANTONIO REYES.- Esa letra, no, que no la va a entender. Algo más romántico, como las letras que aparecen en las invitaciones de boda.

YO.- ¿Así?

ANTONIO.- Un poco más estiradas y esbeltas.

YO.- ¿Qué quieres contarle en esta carta?

ANTONIO.- Quiero hablarle del desierto y de mis planes futuros. Yo te voy dando las ideas y luego tú ya las escribes bien, y que no se te olvide recordarle que nadie más puede leer lo que le escribo. Que quemé la carta en cuanto la lea. Allá voy:

ROSA.- *El desierto, Rosa, me recuerda a tu cuerpo. El desierto, Rosa, aunque vivo, parece existir al borde de todo. La piel de ambos es dorada y se cansa, Rosa, la piel del desierto se cansa, se cansa tanto como tu cuerpo cuando cogemos durante horas. Lo que veo a través de mi ventana, Rosa, es el desierto mismo. Mi mundo es el desierto y todos tenemos que hacernos a la idea de esto: el desierto es lo único que nos sobrevivirá.*

YO.- ¿Qué quieres decir con *el desierto es lo único que nos sobrevivirá*?

ANTONIO.- Rosa lo entenderá y tú, escribe, que la visita no da para mucho. Allá voy:

ROSA.- *Pues es lo mismo. Este mundo es igual. Si llueve, las plantas florecen. Si no llueve, se secan. Los insectos son devorados por las lagartijas; y las lagartijas por los pájaros. Pero, en definitiva, todos acaban muriendo. Y después de muertos, se secan. Al final sólo queda el desierto. El desierto es lo único que vive de verdad. Y cuando a uno sólo le queda el desierto llega a imaginarse todo tipo de criaturas extrañas que surgen de él con tal de sentir que hay alguien en este mundo que nos quiere de verdad y se preocupa por nosotros. Cuando te conocí, Rosa, cambié el desierto por tu piel; no te lo vas a creer, pero desde entonces, cuando miro a través de la ventana lo que veo, Rosa, es tu piel.*

ANTONIO.- Escribe esto rápido antes de que se me olvide:

ROSA.- *Mira, Rosa, yo no tengo nada que ver con todo lo que está ocurriendo, yo lo que quiero es hacerte feliz y hacerme viejo contigo y llevarte a un sitio que conozco lleno de palmeras, cactus y sillones muy cómodos donde la gente bebe mojito y parece feliz mientras sus hijos juegan en un jardín de recreo. Nadie puede parar, Rosa, lo que está ocurriendo, nadie, Rosa, por eso te pido que no te muevas del lado de tu madre, que no salgas salvo cuando yo te pueda ir a recoger en mi carro, y que te escondas antes de que lo que está ocurriendo te atrape.*

ANTONIO.- ¿Por qué no escribes?

YO.- No sigas.

ANTONIO.- Escribe por favor.

YO.- No hables de lo que no debes.

ANTONIO.- Hablo del futuro, de mis planes para el futuro.

YO.- Es mejor que no sepa nada.

ANTONIO.- Escribe.

YO.- La vas a liar.

ANTONIO.- Rosa, soy inocente.

YO.- Nadie es inocente.

ANTONIO.- Rosa, te extraño.

YO.- Ni siquiera yo, que escribo tus palabras, soy inocente.

ANTONIO.- Rosa, te quiero.

YO.- El amor no tiene nada que ver con lo que está ocurriendo.

ANTONIO.- ¡Escribe!

YO.- Puedo ayudarte.

ANTONIO.- ¿Cómo? Tú formas parte. Buscas. Facilitas. Engañas. Proporcionas información. Callas. Recibes. Das. Ocultas. Cierras los ojos. Haces que otros cierren los ojos. Y una vez entras formas parte. Juegas. Contribuyes. Para que vuestros cuerpos disfruten otros han de desaparecer. ¿Cómo me vas a ayudar?

YO.- Puedo salvar a Rosa.

ANTONIO.- ¿A Rosa?

YO.- Puedo mantenerla a salvo.

ANTONIO.- ¿A salvo?

YO.- Los dos sabemos cómo funciona esto, ¿no?

ANTONIO.- Abandona el país, vuelve a España, y desde allí da a conocer la lista negra. Proclama mi inocencia. Avisa a quien tengas que avisar. Mueve cielo y tierra. Sálvame.

YO.- Todos estamos de alguna manera en la lista negra.

ANTONIO.- Pues que cada uno cargue con su trozo de culpa.

YO.- Me matarían.

ANTONIO.- Desde fuera todo será diferente. Te protegerán.

YO.- ¿Quién?

ANTONIO.- El gobierno.

YO.- Los que mandan nunca protegen a nadie.

ANTONIO.- Escribe.

YO.- Haré lo que pueda.

ANTONIO.- Allá voy:

ROSA.- Rosa, la visión del desierto, el recuerdo de tu cuerpo cansado después de coger durante horas, la piel del desierto, Rosa, tu piel, me mantiene a salvo.

ANTONIO REYES.- Punto y final.

YO.- Oscuro.

Ocho. Las manos que dieron a luz a Antonio Reyes

YO.- La madre de Antonio Reyes en el despacho del judicial Marcello López.

LA MADRE.- Mire mis manos, señor juez, mírelas, éstas son las manos que trajeron al mismo Antonio Reyes al mundo, las primeras manos que lo sostuvieron encharcado como vino en sangre y placenta mientras echaba su primer llanto... yo misma lo bañé en el barreño de agua caliente que prepararon algunas de mis compañeras de la fábrica de muñecas de papel; la fábrica donde me he pasado media vida trabajando, señor juez, para que los hijos de los turistas puedan jugar con muñecas de rasgos indígenas... pero, a pesar de todo, también nosotras lo hemos pasado bien cosiendo ojos y pintando bocas... ¡lo que nos hemos reído con la Juana! ¡Pobrecita mía, tiene un cáncer que se la está comiendo entera! Pero nada, que no somos nadie, señor juez, cuando mejor está una le viene algo malo y ni modo... pues ésta misma de la que le hablo preparó el barreño donde lavé por primera vez el cuerpo recién nacido de Antonio Reyes, no sé durante cuanto tiempo... no pudo ser mucho, pero a mi me pareció una eternidad, señor juez; lo estuve

bañando todavía atado a mi vientre por el cordón, ¿no le parece extraño, señor juez, que todos los humanos vengamos al mundo ya atados a otros? Y en el tiempo en el que todavía permanecemos unidos ocurrió algo muy extraño... fue a plena luz del medio día... ante la mirada de todas mis compañeras... Cristina me secaba el sudor de la frente... ¡Cristina: interna en una residencia con un Alzheimer que trae loco a todos sus hijos porque no hay ser humano que haga carrera de ella! ¡Cómo somos los humanos, señor juez! Venimos al mundo atados y a cierta edad nos tienen que volver a atar... ¿Quién se va a hacer cargo de todos los que sobramos, señor juez? ...y aquí fue cuando ocurrió todo, en el corto -y eterno para mí- tiempo en el que aún estuve atada a él, me introduje en su cuerpo y desde entonces, señor juez, veo sus sueños, conozco sus pensamientos más vergonzosos, estoy en cada temblor, en cada espasmo de su alma, escucho su voz interior, sus impulsos irracionales, sus emociones inexpresables, y todo esto lo hago, señor juez, sin el menor esfuerzo, movida sólo por la devoción y el amor que siento por mi hijo. Silencio. Mire mis manos, señor juez, mírelas, ¿cree usted que estas manos hayan podido traer al mundo al monstruo semejante que andáis buscando? Alguien se tendrá que hacer cargo de todo esto, ¿no es así? ¿Cuánto voy a recibir por que utilicéis a mi hijo como chivo expiatorio? ¿Realmente cree usted -mire mis manos- que mi hijo pudo hacer todo eso? Silencio. Señor juez, ¿no ha notado usted nada extraño en mi mano derecha? Me faltan tres dedos. Cien mil pesos por cada uno de ellos. ¿Cuánto vais a pagar por un hijo? ¿Cuánto vale un hijo, señor juez? ¿Cuánto vale un hijo que cargue con cuatrocientas muertas y más de mil desaparecidas? Todo lo que vea Antonio Reyes ya lo he visto yo primero, antes de que algo suceda ya lo he sentido yo. La semana que viene matarán a dos nuevas chicas, sus cadáveres aparecerán en el basurero *El Chile* y nadie hará nada. Silencio. Señor juez, usted ha estudiado mucho para llegar a donde ha llegado, me hago una idea... pero los libros no lo hacen a uno más justo, ¿o sí?, y si es así, supongo, señor juez, que será usted capaz de poner límite a todo esto ¿no? Pero para poner límite hay que estar fuera porque una vez uno está dentro, se calienta, y una vez uno se ha calentado, ya no hay marcha atrás... pero usted puede ver todo lo que ocurre desde la barrera de los que observan sin creer lo que ven... ¿no es así, señor juez? Usted: la medida, lo justo, la balanza, el orden, el progreso, la razón, lo ilustrado, ha de hacer algo. Haga usted algo por mi hijo. Haga usted algo por -mire mis manos, señor juez- las viejas manos que durante un tiempo, una eternidad para mí, sostuvieron el cuerpo donde habéis depositado vuestros propios monstruos. Cálmese, señor juez, mire mis manos y cálmese. ¿No cree usted que con estas manos yo podría haber sido lo menos pianista?

Nueve. El judicial Marcello López

MARCELLO LÓPEZ.- A veces tengo ganas -sobre todo en mis días libres- de salir a pasear con la maestra, sabe usted, señora, de mostrarme en público con ella, de ir a comer a un restaurante del centro donde seguro me encontraré con algún que otro conocido al que le presentaré la maestra: ésta es mi novia, Beatriz, maestra de escuela. Después de comer probablemente iríamos a su apartamento atestado de libros a hacer el amor y luego una siesta y al cine y luego a tomar algo, un helado, o un refresco, o una cerveza muy fría. La felicidad perfecta, señora, fíjese usted, con todo lo que se nos viene encima y voy yo y me enamoro... pero Beatriz no quiere ni oír hablar de una relación. Con un encuentro a la semana, suficiente. Eso es todo. Mientras descansamos desnudos en su dormitorio atestado de libros me confiesa que a veces sueña con salir de Ciudad Juárez y dejarlo todo de forma radical. Cuando pronuncia la palabra radical le brillan los ojos.

Diez. El sueño de Beatriz

YO.- En el dormitorio de la maestra, ésta entre los brazos del judicial.

BEATRIZ.- Sueño con hacer el amor de mil posturas diferentes hasta quedar dormidos y dejarlo todo de una forma radical.

MARCELLO LÓPEZ.- Tú no tienes que dejar nada porque a mí me gustas tal y como eres.

BEATRIZ.- ¿Te gusto?

MARCELLO.-Una barbaridad.

BEATRIZ.- Es la primera vez que hago el amor con un hombre.

MARCELLO.- ¿Es tu primera vez?

BEATRIZ.- Sí.

MARCELLO.- ¡Venga ya!

BEATRIZ.- Que sí, que es mi primera vez.

MARCELLO.- ¿Lo hice bien?

BEATRIZ.- Eso no te lo sabría decir.

MARCELLO.- ¿Por qué?

BEATRIZ.- Pues porque no he probado con otros.

MARCELLO.- ¿Por qué yo?

BEATRIZ.- No tenía mucho tiempo.

MARCELLO.- ¿Cómo?

BEATRIZ.- No suelo salir.

MARCELLO.- ¿Y qué hacías entonces en *Las Mañanitas*?

BEATRIZ.- Quería coger con un hombre antes de dejarlo todo de forma radical.

MARCELLO.- ¿Hacia dónde?

BEATRIZ.- Hacia una nueva vida sin México y sin mexicanos.

MARCELLO.- ¿Y si alguien te propusiera vivir juntos?

BEATRIZ.- ¿Fuera de México y sin mexicanos?

MARCELLO.- Conmigo y con mi hija. Yo necesito una mujer y ella una madre, ¿sabes? A veces no sé cómo tratarla, no sé cómo jugar con ella, qué historias contarle. Entonces más que nunca pienso que hay cosas que jamás sabría explicarle. No sé... pensé que... la niña es educada... pasa demasiado tiempo sola... y a mí me gustaría volver a formar una familia.

BEATRIZ.- No me conoces de nada.

MARCELLO.- Pero eres buena mujer.

BEATRIZ.- ¿Cómo lo sabes?

MARCELLO.- Tienes muchos libros y tu cuarto es aseado.

BEATRIZ.- No lo soporto más.

MARCELLO.- ¿Qué?

BEATRIZ.- Esto.

MARCELLO.- ¿Tu cuarto?

BEATRIZ.- Todo.

MARCELLO.- ¿La vida en Ciudad Juárez?

BEATRIZ.- La muerte en Ciudad Juárez.

YO.- Oscuro.

Once. Yo (I)

YO.- Hoy me levanto muy temprano. A eso de las 4 de la mañana. No puedo dormir. Intento no hacer ruido. O el ruido mínimo que uno hace al levantarse. Me deslizo torpemente entre las sábanas. Las sábanas que huelen agrio y dulce. Un olor reconcentrado de esperma yermo. Todo lo que no tiene adónde ir termina pudriéndose entre las sábanas de dos personas que se aman. Mi amante duerme hecho un gurrño. Miro el cielo a través del cristal. Todavía falta para que amanezca. Me siento en el filo de la cama. Estiro las puntas de los dedos de mis pies hacia arriba y pienso: en la próxima semana dos. Preparo el café. Observo las seis rosas naranjas que mi amante suele comprar cada lunes. Bebo dos tazas de café amargo. Inhalo aire. Un fuerte dolor en el plexo solar mientras repaso mentalmente todos los detalles del plan trazado.

Doce. Estrellas

YO.- Mi amante y Silvia Elena en *Las Mañanitas*. Suenan *Los Tigres del Norte*.

MI AMANTE.- ¿Sabes que en algunas estrellas la fuerza de la gravedad es tan poderosa que impide que la luz irradie al exterior?

SILVIA ELENA.- ¿Y qué es la fuerza de la gravedad?

MI AMANTE.- Lo que hace que tú y yo nos mantengamos con los pies en la tierra.

SILVIA ELENA.- ¿Si no hubiera gravedad tú y yo flotaríamos?

MI AMANTE.- Sí.

SILVIA ELENA.- ¿Como los que viven en el espacio?

MI AMANTE.- Sí.

SILVIA ELENA.- ¿Y qué les pasa a las estrellas si la luz no puede escapar?

MI AMANTE.- Se vuelven agujeros negros en el espacio.

SILVIA ELENA.- ¿Tu crees que los humanos tenemos luz?

MI AMANTE.- Algunos sí. Otros no.

SILVIA ELENA.- ¿Yo tengo luz?

MI AMANTE.- Sí, tú tienes luz de amanecer.

SILVIA ELENA.- ¿Y tú por qué sabes tanto de estrellas?

MI AMANTE.- Soy profesor de física en la Universidad.

SILVIA ELENA.- ¿Física?

MI AMANTE.- ¿Sabías que en la historia de las estrellas se encuentran los mayores secretos del mundo?

SILVIA ELENA.- No, yo sólo sé un poco de computadoras pero lo que mejor se me da es peinar y limpiar cutis. Yo a mi modo también sé de puntos negros. Es una broma, hombre. Estoy ahorrando para montar un salón de belleza.

MI AMANTE.- ¿Qué es lo que le pedirías a alguien si te concediera un deseo?

SILVIA ELENA.- No tengo deseos. Eso no es bueno.

MI AMANTE.- Pide uno.

SILVIA ELENA.- Bueno sí, tengo uno: librar un sábado por la tarde y que alguien me lleve al cine.

MI AMANTE.- Eso está hecho.

SILVIA ELENA.- Tú no eres de aquí, ¿verdad?

MI AMANTE.- No.

SILVIA ELENA.- ¿Cómo te llamas?

MI AMANTE.- Thomas pero me llaman el Güero. ¿Y tú?

SILVIA ELENA.- Silvia Elena.

MI AMANTE.- Vamos, Silvia Elena, sube al auto que te llevo a casa.

SILVIA ELENA.- Oye, y si la luz que llevamos dentro no sale fuera ¿qué pasa?

YO.- Oscuro.

Trece. Un hombre que coge como un niño

YO.- Rosa y yo en un peregrino negro atravesando un paraje desértico a las afueras de Ciudad Juárez; Antonio Reyes en el penal de Ciudad Juárez contemplando el desierto a través de la ventana de su celda. Me dijo que debías quemar la carta en cuanto la leyeras.

ROSA.- Déjame saborear sus palabras un poco más.

YO.- Es peligroso. Nadie más puede leer esa carta.

ROSA.- ¿Por qué?

YO.- ¿Sabías que tu novio es el supuesto culpable de los crímenes de mujeres?

ROSA.- Antonio es incapaz de hacerle daño a una mujer.

YO.- ¿Cómo estás tan segura?

ROSA.- Por cómo me toca. Coge como un niño.

YO.- ¿Y cómo coge un niño?

ROSA.- Con delicadeza.

YO.- ¿Tú has cogido con muchos niños?

ROSA.- He cogido con niños que son hombres pero nunca con un hombre que fuera un niño.

YO.- ¿Y cuál es la diferencia?

ROSA.- Cuando termina llora.

YO.- ¿Coge bien?

ROSA.- Eso es lo que menos importa cuando estoy con él.

YO.- ¿Y qué es lo que más importa?

ROSA.- Lo que ocurre antes y después de coger.

YO.- ¿Y qué es lo que ocurre antes y después de coger?

ROSA.- Eso no te lo pienso contar.

YO.- ¿Por qué no?

ROSA.- Intimidades.

YO.- ¿Qué tipo de intimidades?

ROSA.- Cosas... las cosas que ocurren entre los hombres y las mujeres cuando están solos.

YO.- A ver, ¿y qué ocurre entre los hombres y las mujeres cuando están solos?

ROSA.- Mira, me estás mareando y si tú lo que quieres es coger esto no es una buena estrategia, yo sólo te puedo decir que lo que ocurre entre los hombres y las mujeres cuando están solos tiene que ver con la esperanza. Al menos para mí.

YO.- ¿Sabías que soy yo quien le ayuda a escribir las cartas de amor?

ROSA.- ¿Tú?

YO.- Antonio no sabe escribir.

ANTONIO.- *Rosa, la visión del desierto, el recuerdo de tu cuerpo cansado después de coger durante horas, la piel del desierto, Rosa, tu piel, me mantiene a salvo.*

YO.- Es verdad que tienes una piel bonita, Rosa.

ROSA.- ¿Cuánto falta para llegar?

YO.- Un rato.

ROSA.- ¿No estamos tardando mucho?

YO.- Lo normal.

ROSA.- Conozco el camino al penal. ¿Adónde me llevas?

YO.- No seas impaciente. Debo pasarme a hacer un recado.

ROSA.- ¿Un recado? ¿Adónde?

YO.- ¿Tú sabes cómo se llama ese árbol de flores violetas?

ROSA.- ¿Adónde vamos?

YO.- ¿Que cómo se llama ese árbol de flores violetas?

ROSA.- ¿Qué recado?

YO.- Paro el peregrino negro en medio del desierto. Sal.

ROSA.- Por favor, ¿qué pasa? ¿Qué vas a hacerme? ¿Por qué lloras?

YO.- Sal. Rosa, sal del coche, por favor y desnúdate.

ROSA.- No, por favor, no me hagas daño.

YO.- No, Rosa, yo no voy a hacerte daño, preciosa. Sal. Escúchame con atención: desnúdate. Quítate la ropa. Quema la carta. Y corre hasta desaparecer, Rosa, sí, corre hasta desaparecer.

ROSA.- Déjame leer la carta por última vez.

YO.- Rosa sale. Se desnuda. Quemo su ropa en medio del desierto.

ROSA.- *Si llueve, las plantas florecen.*

ANTONIO.- *Si no llueve, se secan.*

ROSA.- *Los insectos son devorados por las lagartijas; y las lagartijas por los pájaros. Pero, en definitiva, todos acaban muriendo. Y después de muertos, se secan. Al final sólo queda el desierto.*

ANTONIO.- *El desierto es lo único que vive de verdad. Y cuando a uno sólo le queda el desierto llega a imaginarse todo tipo de criaturas extrañas que surgen de él con tal de sentir que hay alguien en este mundo que nos quiere de verdad y se preocupa por nosotros.*

YO.- ¿Me dejas besarte? Beso las mejillas de una niña de quince años. Abandono su cuerpo desnudo en medio del desierto. Rosa corre entre nopales llevándose consigo la última carta de amor de Antonio Reyes. Se aproxima un peregrino negro.

Catorce. El tamaño del infierno

YO.- Silvia Elena y mi amante a las afueras de Ciudad Juárez, en el basurero *El Chile*.

SILVIA ELENA.- ¿Qué hacemos aquí?

MI AMANTE.- Mirar al cielo.

SILVIA ELENA.- ¿Y para eso me traes a un basurero?

MI AMANTE.- Desde aquí se ven las estrellas más hermosas de todo México.

SILVIA ELENA.- Pero no hay quien soporte este olor.

MI AMANTE.- Yo te ayudo.

YO.- Mi amante cubre la mitad inferior del rostro de Silvia Elena -nariz y boca- con su mano.

SILVIA ELENA.- Esto está mejor. ¿Puedes apretar un poco más fuerte? Prefiero el olor de tu mano al de los desperdicios.

MI AMANTE.- ¿A qué huele?

SILVIA ELENA.- A cuero. Como si llevaras guantes.

MI AMANTE.- ¿Ves esa estrella?

SILVIA ELENA.- ¿Cuál?

MI AMANTE.- Aquella, la pequeña, la que brilla con mayor intensidad.

SILVIA ELENA.- ¿La que parece que está a punto de desaparecer?

MI AMANTE.- Esa misma. Imagina un punto negro dentro de ella. Imagina un agujero en ese punto. Imagina que una vez dentro, la gravedad es otra y ya no puedes hacer nada como antes porque esa nueva gravedad anula cualquier fuerza anterior.

SILVIA ELENA.- Tú estás muy obsesionado con eso de la gravedad.

MI AMANTE.- Imagina que no puedes hacer otra cosa que lo que esa fuerza te dicte.

SILVIA ELENA.- ¿Me invitas mañana al cine?

MI AMANTE.- ¿Qué película quieres ver?

SILVIA ELENA.- *De repente el último verano.*

MI AMANTE.- Esa es un clásico.

SILVIA ELENA.- Eso dice mi amiga Rosa.

MI AMANTE.- Pero no creo que la den en ningún cine.

SILVIA ELENA.- Podemos alquilarla y verla juntos.

MI AMANTE.- ¿Por qué esa?

SILVIA ELENA.- Dice Rosa que va de una mujer que no puede olvidar el pasado.

MI AMANTE.- ¿Y?

SILVIA.- Me parece interesante.

MI AMANTE.- ¿El pasado?

SILVIA ELENA.- No, no, a mí el pasado no me gusta nada, lo mío es el futuro, ¿sabes?, soñar con lo que todavía no ha ocurrido pero puede venir un día de estos. Es mucho más interesante. Pero no es fácil porque a veces no se puede olvidar el pasado, ¿no crees?, yo a veces tampoco puedo olvidar el pasado, como tú con la gravedad. Lo mismo.

MI AMANTE.- ¿Y eso te gusta?

SILVIA ELENA.- No, eso me asusta.

MI AMANTE.- ¿Tienes miedo?

SILVIA ELENA.- A veces creo que el infierno tiene que ver con eso.

MI AMANTE.- ¿Con el pasado?

SILVIA ELENA.- No, con no poder olvidar nada del pasado y acumularlo todo, y así hasta que los recuerdos se hagan cada vez más grandes, como si fueran la masa de un pastel cuando le pones levadura pero dentro de tu cabeza. Tu eres físico, ¿no? ¿Tú crees que el infierno tiene un tamaño?

MI AMANTE.- Silvia.

SILVIA ELENA.- Silvia Elena.

MI AMANTE.- Silvia Elena, ¿nunca te ha dicho nadie lo hermosa que eres?

SILVIA ELENA.- No, hermosa, lo que es hermosa, nunca me lo han dicho. Pero sí que me han dicho otras cosas: resultona, dispuesta, buena hembra, buena -a secas- también, tetona, cara caballo, noble, geniosa y con muy mala leche cuando me hieren... una vez me dijeron linda... simpática, alguna que otra vez -sobre todo cuando salgo con Rosa, Rosa es mi amiga-; divertida y atractiva -según lo que me ponga-, y trabajadora, eso mucho, pero hermosa, lo que se dice hermosa, hasta ahora nunca nadie me lo había dicho.

MI AMANTE.- ¿Qué te gustaría hacer ahora?

SILVIA ELENA.- Quedarme dormida aquí, de pie, viendo las estrellas y que me sostuvieras con esa mano grande que tienes.

MI AMANTE.- Silvia.

SILVIA ELENA.- Silvia Elena.

MI AMANTE.- Silvia Elena, mira.

SILVIA ELENA.- Nunca había visto una estrella caer.

YO.- La estrella cae. La joven sonríe. El basurero comienza a llenarse de peregrinos negros. Sus faros iluminan toneladas de basura. Suena una ranchera a todo volumen.

Quince. Canción *Mátalas*

*Amigo, ¿qué te pasa? ¿Estas llorando?
Seguro es por cuestiones de mujeres.
No hay golpe más mortal para los hombres
Que el llanto y el desprecio de esos seres.
Amigo, voy a darte un buen consejo,
Si quieres disfrutar de sus placeres,
Consigue una pistola si es que quieres,
O cómprate una daga si prefieres,
Y vuélvete asesino de mujeres.*

*Mátalas
Con una sobredosis de ternura.
Asfíxialas
Con besos y dulzuras.
Contágalas de todas tus locuras.
Mátalas con flores,
Con canciones no les falles,
Que no hay una mujer en este mundo que pueda resistirse a los detalles.*

Dieciséis. Yo (II)

YO.- Hoy he puesto tres lavadoras. He tendido la ropa y he planchado las camisetas de algodón, las faldas y los jeans. Le digo que quiero tener sexo.

MI AMANTE.- Puedes hacer lo que quieras pero sin bajarme los pantalones.

YO.- Cogimos vestidos. Me corro en su boca mientras le pellizco los pezones. De un tiempo a esta parte hasta que no le hago daño en los pezones no me corro. Le pido perdón. Me dice:

MI AMANTE.- No te preocupes, me gusta.

YO.- Me pregunta si me ocurre algo.

MI AMANTE.- ¿Te ocurre algo?

YO.- Nada. Me dice que llevo unos días muy raro, que no hago otra cosa que lavar ropa.

MI AMANTE.- Llevas unos días muy raro, no haces otra cosa que lavar ropa.

YO.- Me calma pasarme las horas muertas frente a la lavadora. La tristeza es inmensa.

MI AMANTE.- ¿Pero qué te provoca tanta tristeza?

YO.- Que nunca nos pase nada. Que a pesar de todo lo que hacemos nunca nos ocurra nada.

MI AMANTE.- ¿Y qué nos tiene que pasar?

YO.- Que paguemos por la verdad que se nos pudre en el cielo de la boca.

MI AMANTE.- ¿Y qué vas a hacer si después de haber visto tanto horror sigues vivo? ¿Qué se puede hacer si finalmente te acostumbras?

YO.- En este país uno se termina acostumbrando a todo. Por eso nunca ocurrirá nada porque aquí todos nos acostumbramos a lo que nos echen.

MI AMANTE.- Sólo somos un eslabón más de la pirámide. Si no lo hiciéramos nosotros lo harían otros. Y si lo hicieran otros a ti y a mi nos quitarían de en medio. ¿Lo entiendes? Hay acuerdos. Pactos de silencio. Los restos de semen desaparecen en el camino de ida. De eso nos encargamos nosotros.

YO.- ¿Te das cuenta de todo lo que está ocurriendo a nuestro alrededor?

MI AMANTE.- Formamos parte. Somos parte de. De alguna manera hemos salido beneficiados.

YO.- ¿Y si abandonáramos esta tierra?

MI AMANTE.- No podríamos. En cuanto uno mueva una ficha comenzarían a caer las demás. Nos tienen cogidos por los huevos. Nunca permitirían que el sistema se derrumbase. La lógica es implacable. En este país gobernado por corruptos el verdadero poder está en manos de una clase alta que se pudre hasta las entrañas, que puede hacer lo que le plazca, y lo que le plazca puede llegar a ser "todo" simplemente porque puede pagarlo "todo". Ellos pagan las campañas de los gobiernos y éstos se callan ante el horror que se nos avecina. Y alguna que otra vez se dan un homenaje. Así de sencillo.

YO.- ¿Y qué estamos haciendo nosotros dentro de todo esto?

MI AMANTE.- Facilitar el tránsito. ¿O acaso somos más culpable que aquel que lo ve todo y guarda silencio? ¿Somos más culpable que todos los que no

forman parte pero ven y callan, que aquel que recibe y acepta dinero a cambio de guardar silencio de por vida después de sufrir la violación y muerte de su hija? ¿Realmente crees que por llevarlas a un descampado y desnudarlas somos más culpables que los millones de mexicanos que golpean y tratan a sus mujeres como animales?

YO.- Sí. Somos culpables. Ellos no tienen la posibilidad de elegir. Otros lo hace en su lugar. Nosotros sí elegimos.

MI AMANTE.- ¿Estás seguro?

YO.- Nosotros conocemos la verdad, sabemos lo que ocurre y aún así formamos parte de la barbarie. A nosotros no nos hacen daño. ¿Qué daño puede hacernos una niña de quince años? Dios, no soporto ver esos cuerpos perdidos correr desnudos en medio del desierto. Les pido que escapen, que recen, que se escondan, que no digan nada, que se vayan, que desaparezcan de esta ciudad, que dejen el trabajo, que se borren las caras, que se afeen, que engorden, que se cambien de sexo, que no salgan de casa hasta cumplir los sesenta, que no abran la boca, que no se encamen con chicos, en definitiva, que dejen de existir, les pido que dejen de existir... esa sería la única solución, que en esta ciudad no existiesen las mujeres y que los hombres se follaran los unos a los otros y se preñaran y sólo tuvieran hijos que, a su vez, se follarían entre ellos... sí, un mundo sin mujeres. Dios. Luego recojo sus ropas y las guardo en bolsas de plástico. Las camisetas de algodón, las faldas y los jeans. Me da no sé qué dejarlas ahí tiradas en medio del desierto. Las guardo. Las lavo y las plancho una y otra vez hasta gastarlas. Espero que algún día desaparezcan. No soy capaz de desprenderme de ellas. Dios.

MI AMANTE.- ¿Recuerdas cómo y dónde nos conocimos? ¿Recuerdas la fiesta que el decano Juan del Valle dio a tu llegada? ¿Recuerdas cómo nos agasajó? ¿Recuerdas todo lo que ocurrió? ¿Recuerdas el momento en que tú y yo nos miramos

YO.- Por favor.

MI AMANTE.- ¿Recuerdas lo que pensamos en ese momento, lo que íbamos a hacer, hacia dónde nos dirigíamos, cómo me mirabas, cómo nos atrevimos a acercarnos, cómo Juan del Valle susurró algo al oído de una chica de dieciocho años y su novio, cómo una chica de dieciocho años se acerca y nos dice

YO.- Para.

MI AMANTE.- Estoy para ustedes. Sí, estaba para nosotros. La vida es rara ¿no crees? Y no habiéramos podido estar juntos si no hubiera sido a través de

YO.- La destrozaron.

MI AMANTE.- La destrozamos. Vimos lo que hicieron.

YO.- Si pudiera borrar de mi memoria

MI AMANTE.- Eso nunca.

YO.- La tristeza es inmensa.

MI AMANTE.- Pues a vivir con ella.

YO.- Dime la verdad, ¿por qué crees que hacemos todo esto?

MI AMANTE.- Una vez entras al trapo -basta una sola vez- te calientas y una vez dentro ya es imposible salir.

YO.- ¿Te gusta?

MI AMANTE.- La maldad es sólo un punto de vista.

YO.- ¿Y disfrutas?

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- ¿Disfrutas?

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- ¿De alguna manera piensas que todo esto que hacemos tiene un sentido?

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- Y te sientes como Dios...

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- ...simplemente porque eres capaz de...

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- Porque tienes el poder para...

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- ...decidir sobre la vida de alguien.

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- Y eso te pone a cien.

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- Eso te permite cargar con la tristeza...

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- ...que es inmensa.

MI AMANTE.- Silencio.

YO.- Inmensa.

MI AMANTE.- ¿Sabes que siempre me las apaño para hacerles sonreír antes de subir al peregrino negro?

YO.- Oscuro.

Diecisiete. Juan del Valle y los desayunos en Michoacán

YO.- Juan del Valle, decano de la Universidad de Ciudad Juárez, en el teatro donde tenga lugar la representación.

JUAN DEL VALLE.- Hace ya tiempo que decidí abortar cualquier práctica de riesgo en mi vida. He dejado el tabaco. Ahora me provoca náuseas. Apenas bebo. Una cerveza de vez en cuando o un vaso de vino en alguna comida especial. Desde que llegué a Ciudad Juárez a dirigir la Universidad ya no necesito pastillas para dormir. Y la de la mañana la he ido dejando poco a poco hasta quedarme sólo con media pastilla un día sí y otro no. Camino mucho. Echo de menos los bosques del Distrito Federal. Los domingos en el bosque de Chapultepec. Suelo nadar tres días a la semana. Una vida sana. Tengo una hija que es la luz de mi vida. Los sábados lo primero que hago al levantarme es preguntarle adónde quiere desayunar y si me dice que en una playa de Michoacán agarramos el auto y a Michoacán. Mi padre tiene sus negocios en unos ranchos del norte y de vez en cuando me hace un buen

regalo. Con eso y lo que gano tengo para mantener a mi mujer, a mi hija y darme de vez en cuando alguna que otra alegría. Me ha costado tiempo aceptarlo pero me gustan las jovencitas. Por lo demás soy una persona normal y corriente. Lo único que me diferencia de cada uno de vosotros es lo que me da placer. Y eso es un asunto íntimo. Y lo íntimo tarde o temprano siempre termina convirtiéndose en algo peligroso. Tan peligroso que si cada uno de los estamos aquí confesáramos qué es lo que nos da placer el teatro entero estallaríamos en mil pedazos.

Dieciocho. Ni modo

YO.- En el escenario del crimen: el periodista Sergio Hernández, el judicial Marcello López, un médico forense y los cadáveres de Rosa y Silvia Elena; en la celda del penal con vistas al desierto: Antonio Reyes; y en el despacho del judicial: su madre.

SERGIO HERNÁNDEZ.- Al cabo de tres días, Marcello López se entera de que el operativo encargado de localizar el coche negro empleado en el secuestro de una joven se había disuelto.

MARCELLO LÓPEZ.- Cuando fui a pedir explicaciones me contestaron que la orden venía de arriba. Al parecer la mayor parte de los peregrinos negros,

SILVIA ELENA.- un coche de moda,

MARCELLO.- pertenecía a hijos de peces gordos de Ciudad Juárez. Al día siguiente una llamada anónima avisa a la policía de unos disparos en el interior de una casa de la calle García Herrero. La patrulla se presenta. Tocan el timbre repetidas veces. Nadie responde. Un niño dice que mientras paseaba con la bicicleta había oído disparos. Uno de los vecinos dice que ha visto estacionado junto a la casa un peregrino negro.

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- Se presenta el judicial Marcello López.

CADÁVER DE ROSA.- Echa la puerta abajo.

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- La casa huele a semen y a alcohol.

CADÁVER DE ROSA.- Pero te acostumbras.

SERGIO.- Examinan la sala. Muebles baratos pero decorosos. En el comedor dos botellas vacías de tequila y una de vodka *Absolut*. Restos de comida del McDonalds en el cubo de la basura. Dos habitaciones. En una de ellas, tendido

en la cama, boca abajo, el cadáver desnudo de Silvia Elena. En el baño, ovillado bajo la ducha, Rosa, de quince años, amiga de Silvia Elena.

MARCELLO.- Quédense en el pasillo, por Dios. ¡Que venga el forense!

FORENSE.- Rosa fue asesinada de dos balazos en la nuca. Antes había sido golpeada y se aprecian señales de estrangulamiento. Pero no murió estrangulada. Jugaron con ella a estrangularla. En los tobillos señales de abrasión. Diría que la colgaron de los pies. Un garfio de hierro sujeto al techo, justo en medio de las dos camas.

SERGIO.- Por el asesinato de su hija, Flor Ramírez Navarro recibirá la cantidad de 55.821 pesos mexicanos (al cambio vienen a ser unos 3000 euros), con los que comprará una nueva nevera para el restaurante *La Flor*, una segunda prótesis de la misma longitud que su antigua pierna, y el resto lo guardará para su jubilación.

FORENSE.- A su amiga, Silvia Elena, también le metieron un tiro en la nuca pero no creo que esa fuera la causa de la muerte. Le dispararon para asegurarse.

MARCELLO.- ¡Que salgan de la casa todos los que no sean de la policía científica! ¡Todos fuera!

SERGIO.- ¡Aquí están las cuerdas! Le dice el judicial al forense.

FORENSE.- Las dos fueron violadas, yo diría que varias veces, por los dos conductos, aunque puede que a la del baño la violaran por los tres. Las dos fueron torturadas. Estoy seguro de que la muerte de Silvia Elena no se debe al balazo alojado en su nuca sino a un paro cardíaco. La pobrecita no pudo resistir el trance de la tortura y las vejaciones. Ni modo.

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- Ni modo.

MARCELLO.- ¿Qué es eso que tiene Rosa entre los dientes?

FORENSE.- Parece un trozo de papel.

CADÁVER DE ROSA.- No es un trozo de papel. Es la última carta de amor que me escribió Antonio Reyes, mi prometido.

SERGIO.- El forense extrae con sumo cuidado el trozo de papel de entre los dientes del cadáver de Rosa.

FORENSE.- Murió con unas cuantas palabras agarradas a sus dientes. Ni modo de sacarlo sin romperlo.

CADÁVER DE ROSA.- Ni modo.

MARCELLO.- Inténtelo, por favor. Se lo ruego.

SERGIO.- El forense consigue hacerse con un fragmento del trozo de papel. El judicial Marcello López se lo pide y lee en voz alta:

ANTONIO REYES/ CADÁVER DE ROSA.- *Rosa, la visión del desierto, el recuerdo de tu cuerpo cansado después de coger durante horas, la piel del desierto, Rosa, tu piel, me mantiene a salvo.*

SERGIO.- Antonio Reyes, supuesto culpable, no podrá soportar por mucho tiempo la muerte de Rosa y terminará quitándose la vida en su celda del penal de Ciudad Juárez con vistas al desierto. Antes de morir dirá:

ANTONIO REYES.- *Mi mundo es el desierto y todos tenemos que hacernos a la idea de esto: el desierto es lo único que nos sobrevivirá.*

SERGIO.- Su madre, sin embargo, no se cansará de visitar al señor juez hasta morir de vieja y preguntarle:

LA MADRE DE ANTONIO REYES.- ¿Cuánto vale un hijo que cargue con 400 muertas y más de 1000 desaparecidas, señor juez?

MARCELLO LÓPEZ.- *Rosa, tu piel, me mantiene a salvo.*

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- ¡Qué hermoso! ¿Eso te escribió?

CADÁVER DE ROSA.- Tal y como lo oyes.

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- Es un poeta ese Antonio Reyes.

CADÁVER DE ROSA.- Pues todavía tiene más mérito si te confieso que no sabe escribir.

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- ¿Que es analfabeto?

CADÁVER DE ROSA.- ¿Qué pasa? Tu familia es toda analfabeta y yo los respeto a todos.

CADÁVER DE SILVIA ELENA.- Nada, nada, yo no he dicho nada, ojalá todos los que saben leer escribieran así.

CADÁVER DE ROSA.- Es que a él eso de la poesía le sale de dentro. Yo lo noto. Cuando cogemos es cuando más poeta se vuelve. Se inspira con mi cuerpo y tiene unos arrebatos de poesía que no te puedes hacer una idea. Eso de *el recuerdo de tu cuerpo cansado*, eso no te creas tú que viene solo, no, no, no, eso le viene a él al verme a mí destrozada después de pasarme toda la noche cogiendo, por eso es tan importante que estemos juntos, porque si no es así no se inspira... yo creo que se puede ganar la vida como poeta perfectamente y yo como su musa porque sin musa no hay poesía, ¿y tú qué piensas de todo esto?

MARCELLO.- Hagan ustedes el favor de retirar los cuerpos, por favor. Vamos a ir desalojando el espacio. No, ese trozo de papel no, déjelo usted ahí donde estaba. Quiero revisarlo de nuevo.

SERGIO.- Se van todos. El judicial Marcello López se queda sólo.

MARCELLO.- *Beatriz, la visión del desierto, el recuerdo de tu cuerpo cansado después de coger durante horas, la piel del desierto, Beatriz, tu piel, me mantiene a salvo.*

SERGIO.- La maestra Beatriz abandonará México con una maleta de piel atestada de libros y el judicial Marcello López llorará desconsoladamente.

Diecinueve. Los cuerpos perdidos

YO.- El periodista Sergio Hernández en el teatro donde tenga lugar esta representación.

SERGIO HERNÁNDEZ⁴.- Desperté y a mi alrededor había voces y luces extrañas. Demoré unos segundos en reencontrar un punto de referencia que me devolviera a la realidad. Quería irme de allí de inmediato. Supe que estaba en una sala de quirófano. Silencio.

El día quince de junio de 1999 fui golpeado y asaltado en un taxi, que abordé una noche en la Colonia Condesa de la Ciudad de México. En el trayecto hacia mi domicilio, el taxi se detuvo de pronto. En un instante, se aproximaron dos sujetos armados. Me ordenaron cerrar los ojos y sentarme en la parte media del asiento. El taxi arrancó, el conductor era cómplice. Sólo debía responder si me preguntaban algo. A pesar de mi nula resistencia, sufrí maltratos verbales, puñetazos, heridas con pica-hielo en las piernas, golpes en

⁴ Texto extraído de una de las crónicas sobre Ciudad Juárez del libro *Huesos en el desierto*, del periodista y escritor mexicano Sergio Hernández Rodríguez.

el pecho, rostro y la cabeza con las cachas de los revólveres. Anunciaron que me aniquilarían en un paraje solitario del sur de la ciudad. El paso muy próximo de una patrulla con sus luces de vigilancia encendidas disuadió a los atacantes de continuar su tarea. Me dejaron, ensangrentado, en una calle de la Colonia Narvarte. Levanté una denuncia formal y al día siguiente acudí al médico. Éste sólo me ordenó reposo y recetó un analgésico. Silencio.

A las ocho semanas de aquel suceso, advertí problemas de expresión verbal: se me trababa la lengua cuando quería hablar. Manifesté también dificultades de memoria. El pasado desaparecía bajo un tenue velo. Poco a poco, tendría dificultades para recordar los datos más insignificantes de lo inmediato. El once de agosto de 1999 me diagnosticaron un severo derrame sanguíneo en el cerebro, producto de los traumatismos del asalto. Me operaron de urgencia. Convalecí dos meses. Recuperé la salud y me reintegré a mis actividades normales, ya avanzado el mes de octubre. Así, decidí retomar la investigación sobre los homicidios contra mujeres en Ciudad Juárez. El ocho de diciembre de 1999, entrevisté por vía telefónica al judicial Marcello López y al decano de la Universidad de Ciudad Juárez, Juan del Valle, ambos implicados en los crímenes según testimonio de Antonio Reyes. Seis horas más tardes, sufrí otro asalto, también a bordo de un taxi que llevaba en orden su documentación. Esta vez, dos sujetos subieron al vehículo en un alto del cruce. Fueron directos, no me golpearon, aseguraron: *usted anda metido en un asunto muy delicado, mi señor, a usted lo pusieron. Alguien lo puso. Ándese con cuidado. ¿Me entiende? El comandante nos ordenó que le dijéramos esto.* Silencio.

El diez de enero de 2000 publiqué el reportaje *Los cuerpos perdidos*. Documentaba que el operativo de "narcofosas" buscaba cadáveres enterrados, mientras que a lo largo de los años noventa habían aparecido decenas de niñas y mujeres asesinadas en el perímetro de los ranchos orgiásticos de narcotraficantes. El diez de julio de aquel año, mientras hablaba desde mi teléfono móvil con una amiga, escuché una interferencia y una voz que ordenaba: ¡localícenlo, localícenlo! El correo electrónico mostraba anomalías... sobre todo, cuando se trataba de intercambio de mensajes sobre Ciudad Juárez. Cada signo raro de aquellos parece llevar una suerte de aviso preventivo o de amenaza. Reaparecía el teatro de fantasmas y simulaciones en busca de chivos expiatorios que encarcelar mientras los verdaderos culpables se amparaban en la palabra oficial como cielo protector. Silencio.

Una mañana de 1996, salí de la Ciudad de México hacia la frontera norte. Y hallé un rastro de sangre. Desde entonces lo he seguido. A veces, el rastro aquel se convertía en un hilillo casi invisible, y había que aguzar los sentidos para distinguirlo. Luego se volvía ostentoso de tan evidente. Un charco de sangre espesa en el que se hundían la indignación y el azoro. Mi país alberga ya un gran osario infame, que fosforece bajo la complacencia de las

autoridades. Estos crímenes tendrán efecto a o largo y ancho del mundo. Así, recordar se convirtió para mí en un mandato. Algo bastante difícil de cumplir porque llevamos dentro nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno, del que siempre alguien quiere apropiarse. Por lo mismo, recuerda, me dije. Ya eres parte de las muertas. Te inclinas ante ellas. Recuerda, sí. Por ahora, sólo recuerda, aunque en estos tiempos parezca excesivo y hasta impropio recordar. Que otros sepan lo que recuerdas y puedan leer lo anotado con tinta roja para entender lo escrito en color negro. Tengo una certeza: contra la nada, perdurará el destino. O la memoria.

Veinte. La Llorona

YO.- Maikel, el chófer de Juan del Valle, y su hija, una niña de doce años con rasgos indígenas, atraviesan el desierto de Ciudad Juárez en un peregrino negro. En el horizonte, a través de las ventanas abiertas del automóvil, la niña observa en silencio la delgada película de polvo que parece separar la tierra del cielo más hermoso que he visto en mi vida. La niña a Maikel:

LA HIJA DE MAIKEL.- Papá, tengo miedo.

MAIKEL.- ¿Qué te ocurre, cielo?

LA HIJA DE MAIKEL.- Soñé con el demonio, tengo miedo.

MAIKEL.- Fue sólo un sueño.

LA HIJA DE MAIKEL.- Sí, pero no puedo dejar de verlo.

MAIKEL.- A ver, cuéntame, ¿cómo es el demonio?

LA HIJA DE MAIKEL.- Es alguien muy hermoso, como un actor famoso de la televisión, joven, moreno, de ojos rasgados y con dos cuernos inmensos, como de carnero.

MAIKEL.- Y si es tan hermoso, ¿por qué tienes tanto miedo?

LA HIJA DE MAIKEL.- No puedes dejar de mirarle y cuando te encuentras con sus ojos entiendes que detrás de ellos no hay nada, sólo dos autopistas en medio del desierto que no terminan nunca y una vez conduces sobre ellas ya nunca descansarás en paz...

MAIKEL.- Pero eso es un sueño lindo, mi vida.

LA HIJA DE MAIKEL.- Tú no lo has visto, papá.

YO.- En un viejo transistor suena *La Llorona*. Comienzo a sudar. Los cristales ahumados del peregrino negro se cierran lentamente y el celeste del cielo, por un momento, parece diluirse en los ojos de la niña...

Epílogo. El misterioso universo acelerado

YO.- El vacío, lo que todos nosotros entendemos por vacío, no está vacío: tiene una densidad de energía oscura que domina el universo a gran escala. Esto nos obligará a replantearnos muchas de las leyes físicas que hasta ahora hemos aceptado de forma dogmática. Basándonos en explosiones de estrellas muy lejanas, el equipo de físicos teóricos que llevo a mi cargo ha anunciado la siguiente conclusión: la expansión del universo se va acelerando y no -como cabría esperar bajo la influencia de la gravedad- ralentizándose. Para explicar esta aceleración el setenta y cinco por ciento de la energía del universo tiene que estar hecha de algo extraño, una sustancia que nadie ha visto antes.

¿Cómo podremos empezar de nuevo?

FIN

Ciudad de México, Abril 2008 - Zahara de los atunes, Cádiz, Agosto 2008- Berlin, Mayo 2010.